

JORGE JULIO LÓPEZ: DESAPARECIDO EN DICTADURA, DESAPARECIDO EN DEMOCRACIA

Quince años y las mismas preguntas

EL NOMBRE DE JORGE JULIO LÓPEZ NO ES SOLO EL DE UN DESAPARECIDO. ES EL DE UN MILITANTE QUE DESAPARECIÓ DOS VECES: EN 1976 Y EN 2006. DESPUÉS DE QUINCE AÑOS DE SU SEGUNDA DESAPARICIÓN, SEGUIMOS BUSCANDO RESPUESTAS A LA PREGUNTA ¿QUÉ PASÓ CON LÓPEZ?



(El 18 de septiembre de 2006, horas antes de la sentencia del juicio histórico en el que fue condenado a prisión perpetua el represor Miguel Etchecolatz, Jorge Julio López desapareció y no se supo más nada de él. En los días previos, en su rol como testigo en ese juicio, había señalado a Etchecolatz y a otros represores que participaron en su primer secuestro -1976- y que fueron responsables de los centros clandestinos donde él fue recluido.

Jorge Julio López puede ser hoy desconocido para muchas personas, sobre todo las más jóvenes. Pero para otras, aquellas que ya teníamos internalizado el grito de “Nunca Más”, retumbando en nuestra cabeza, su nombre dejó de ser un nombre propio para pasar a ser una pieza irrenunciable de una narrativa mucho más grande: la que construimos las personas, las organizaciones populares y todos y todas quienes, sin cansancio, nos encontramos en la búsqueda de memoria, verdad y justicia para quienes fueron torturados, asesinados y desa-

parecidos durante la última dictadura militar, y para todo el pueblo argentino.

El 18 de septiembre de 2006, horas antes de la sentencia del juicio histórico en el que fue condenado a prisión perpetua el represor Miguel Etchecolatz, Jorge Julio López desapareció y no se supo más nada de él. En los días previos, en su rol como testigo en ese juicio, había señalado a Etchecolatz y a otros represores que participaron en su primer secuestro -1976- y que fueron responsables de los centros clandestinos donde él fue recluido. Esa segunda desaparición impidió que estuviera presente para escuchar los alegatos de sus abogadas y ver la condena de sus represores. No estuvo presente para ver el resultado de tantos años de lucha. De él y de millones. Pero, ¿quién fue Jorge Julio López? ¿Cuál es la historia de ese señor de boina que con un compromiso inquebrantable fue un testigo tan importante en el inicio de los juicios por la memoria, la verdad y la justicia, que tanto han cualificado nuestra democracia? Pasaron quince años de su desaparición y, antes de indagar sobre

la causa en sí, su estado y su significado, quiero contar algo de López como persona, compañero, militante, sobreviviente, según lo que he escuchado y *leído sobre él, y de él*, de sus testimonios y escritos.

¿Quién fue López?

Nació el 25 de noviembre de 1929 en General Villegas, provincia de Buenos Aires. Hijo de una familia de clase trabajadora, llegó a Los Hornos en el año 1956 donde se estableció; allí comenzó a trabajar como albañil. En 1973, y con 44 años, López empezó su militancia en las filas del peronismo, vinculándose con la Unidad Básica de su barrio, la "Juan Pablo Maestre", fundada por jóvenes del peronismo más combativo. Su militancia, según relató, se asoció, entre otras cosas, a sus habilidades como albañil, mientras participaba en las actividades comunitarias del barrio. Allí conoció a Patricia Dell Orto y a otros jóvenes compañeros y compañeras, que tiempo después también fueron desaparecidos, algunos de ellos en los mismos centros clandestinos que Julio. El 27 de octubre de 1976, tuvo lugar su pri-

mer secuestro. Junto a otros militantes de su Unidad Básica fue llevado al centro clandestino de detención situado en la localidad de Arana, en las afueras de La Plata, donde lo torturaron salvajemente. Fue en Arana que Jorge Julio López presenció el fusilamiento de Patricia Dell Orto y su pareja, Ambrosio De Marco. La suerte de Julio fue distinta: lo trasladaron por los centros clandestinos montados en las comisarías 5ta y 8va de La Plata. Y el 4 de abril de 1977, tras permanecer más de cinco meses en la condición de detenido-desaparecido, fue llevado a la Unidad Penitenciaria N° 9 de La Plata, donde fue "blanqueado" (es decir, su detención se hizo pública) y puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Así permaneció hasta junio de 1979, cuando fue dejado en libertad.

Como para muchos y muchas sobrevivientes, los años que siguieron fueron tiempos de cierto retraining y temor. Sus torturadores seguían caminando por las calles de su barrio y de la ciudad. Pero eso no le impidió iniciar su camino de búsqueda de verdad y justicia. En una historia similar a

(En el testimonio histórico de Julio es central su reivindicación de la militancia de los pibes de la Unidad Básica, su respeto cariñoso por Patricia Dell Orto y Ambrosio De Marco.

la de otros sobrevivientes, se comunicó con compañeras y compañeros de militancia de antes, con familiares y víctimas para contar todo lo que había pasado en los años del terror. En 1999 se presentó a declarar por primera vez, cuando se abrieron los llamados Juicios por la Verdad. Estos eran procesos en los cuales se buscaba conocer la verdad sobre el destino de los desaparecidos y desaparecidas, sin posibilidad de que hubiera condena penal debido a la vigencia de las leyes que impedían por entonces el juzgamiento del genocidio. Lo particular de estos años en la vida de López, es que realizó investigaciones y averiguaciones en forma relativamente solitaria, pesquisas informales que arrojaban datos que quería usar para reconstruir la trama de lugares que habían funcionado como centros clandestinos de detención en La Plata.

Su compromiso con la verdad, la memoria y la justicia

Las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, sancionadas en 1986 y 1987, les habían garantizado impunidad a los represores; incluso muchos de ellos continuaron, en las sombras, integrando las fuerzas armadas y de seguridad. El gobierno de Menem completó el imperio de la impunidad con los indultos que dejaron en libertad a los genocidas procesados y condenados. Si bien no es objeto central de esta nota, sin dudas es necesario destacar que el movimiento de derechos humanos en Argentina no se amilanó por esta noche de impunidad y no paró hasta que la historia se torciera. López fue parte de esa lucha.

Los testimonios de Julio del 99, además de ser claves para el reconocimiento de detalles y hasta de la ubicación de los centros clandestinos donde estuvo secuestrado, fueron importantes para él, para su encuentro con otros sobrevivientes que le abrieron un espacio para la acción, para superar esos años en los que en soledad



y en papeles usados, había ido reconstruyendo cada uno de los momentos de su cautiverio.

La decisión política del entonces presidente Néstor Kirchner, que hizo de las banderas de lucha de los organismos de derechos humanos una política de Estado, suma un gran hito a la historia que

venimos contando; con la nulidad de las leyes de impunidad en 2003 y su inconstitucionalidad en 2005, se reiniciaron los procesos y recomenzaron aquellas causas que se habían abierto luego del "Juicio a las Juntas de comandantes" de 1985, y que habían sido archivadas por las leyes de impunidad. Una vez más Julio López estuvo donde tenía que estar: se constituyó como querellante (es decir, como parte del proceso penal, con abogadas que lo patrocinaron, proponiendo pruebas y participando en el juicio oral) y volvió a declarar en el que fue el primer juicio de este nuevo ciclo de enjuiciamientos por la memoria, la verdad y la justicia.

El Salón Dorado de la Municipalidad de La Plata fue la más que particular escenografía del inicio de este nuevo ciclo. El 20 de junio de 2006 comenzó el juicio oral y público en el que López dio su testimonio sobre todo lo acontecido con sus compañeros de militancia y de cautiverio.

El testimonio de Jorge Julio López fue importante por la calidad de los datos que brindó en la causa contra Etchecolatz y su

banda –participó en los reconocimientos de los Centros Clandestinos de Detención de Arana, Comisaría 5ª y Comisaría 8ª– y también lo fue porque reivindicó la humanidad y la convicción de sus compañeros y compañeras militantes. Reivindicó aquello que los genocidas y ciertos relatos quisieron borrar: el compromiso, la calidad humana y la solidaridad de los torturados y asesinados. Sobre Patricia DellOrto y otras compañeras, dijo: “Conocía a Patricia, a su marido, y a otros muchachos de antes de que entraran en la Universidad (...) los conocía de la Unidad Básica que teníamos ahí en el barrio, 68 entre 142 y 143. (...) ¿Saben qué hacía Patricia DellOr-

(El testimonio de Jorge Julio López fue importante por la calidad de los datos que brindó en la causa contra Etchecolatz y su banda –participó en los reconocimientos de los Centros Clandestinos de Detención de Arana, Comisaría 5ª y Comisaría 8ª– y también lo fue porque reivindicó la humanidad y la convicción de sus compañeros y compañeras militantes.

to y otras chicas, como Mirta Manchiola...? Se dedicaban a cuidar chicos, a darles de comer. Y cuando nadie los apoyó iban con los chicos de la universidad, con la Juventud Peronista, iban de a pie si era necesario, o en micro, para llevarles cosas a los chicos... Iban todos los días al barrio. Ellas llevaron a los chicos del barrio a Mar del Plata, los hicieron conocer lo que era un mar, lo que era bañarse en un mar, a todos los chicos medio desamparados. Estas 4 o 5 mujeres... Estas son mujeres de oro. Y estos asesinos las mataron sin piedad”.

Segunda desaparición

El 18 de septiembre Jorge Julio López tenía que acompañar a sus abogadas a escuchar la condena de aquellos que lo habían secuestrado y torturado en los setenta. Pero nunca llegó. Desapareció, otra vez. La sentencia del 19 de septiembre de 2006 sería histórica y el escenario también. Un Tribunal fallaría sobre lo sucedido en nuestro país y hablaría de genocidio. No se juzgaba a las cabezas de las fuerzas armadas –como en 1985–, sino a represores

que formaron parte de un sistema mucho más complejo. Pero esta segunda desaparición de López hizo que se volviera a escuchar en las calles de nuestra ciudad y con mucho dolor la consigna “Aparición con vida”.

Jorge Julio López no fue, por lo tanto, un testigo más. Se transformó en un símbolo. Una bandera y un motivo más para los y las sobrevivientes que siguen aportando sus relatos a los juicios. A algunas y algunos les escuché decir que iban a las audiencias “por los treinta mil y por López”.

Esta segunda desaparición se dio en el marco de los intentos de grupos de represores que solo por un tiempo más habrían de mantenerse impunes y que querían frenar el avance de los procesos por los delitos de lesa humanidad que habían cometido, y por los que nadie aún los había juzgado. Siempre decimos que esos grupos –tal como la causa por la segunda desaparición nos mostró que estaban activos, reuniéndose y conspirando– tenían muchos motivos para preocuparse, ya que años más tarde varios de

“Ellas llevaron a los chicos del barrio a Mar del Plata, los hicieron conocer lo que era un mar, lo que era bañarse en un mar, a todos los chicos medio desamparados. Estas 4 o 5 mujeres... Estas son mujeres de oro. Y estos asesinos las mataron sin piedad”. Julio López, testimonio en el Juicio a Etchecolatz, 20 de junio de 2006.

ellos fueron condenados. Es decir, tenían un móvil, un por qué para este segundo secuestro. Por eso seguimos sosteniendo que la investigación, desde el primer minuto debió orientarse hacia esos grupos, con celeridad y profundidad.

La movilización, la organización

La reacción de los organismos de derechos humanos, y de la sociedad argentina, que mayoritariamente apoyó la continuidad de los juicios, fue seguir insistiendo en vivir en una sociedad sin impunidad para los perpetradores del terrorismo de Estado. El amedrentamiento y el terror que buscaron imponer no llegaron a cumplir el objetivo final. Fue con la movilización

popular y una firme decisión política que los juicios tuvieron el apoyo masivo para seguir, pese a las amenazas y a la desaparición material de quien había sido un testigo que se transformó en bandera.

Nuevas preguntas surgieron: ¿Cómo seguir adelante después de esta desaparición en democracia? ¿Qué pasó con él? ¿Cómo es que con una investigación plasmada en un expediente de cientos de cuerpos, con varios estamentos judiciales y fuerzas de seguridad interviniendo, no se ha llegado a saber nada? Estos y otros tantos interrogantes inundaron los juzgados, las oficinas, las organizaciones y las calles.

La segunda desaparición de Jorge Julio López abrió la puerta a un replanteo sobre las políticas institucionales que debían llevarse adelante para acompañar el ciclo de juicios iniciado en 2006 y que continúan al día de la fecha. Políticas que encontraron resistencias, aciertos y desaciertos políticos y judiciales, pero sobre los que hubo que avanzar. Es necesario decir que, cuando los juicios empezaron ya había más de 50 genocidas tras las rejas como produc-

(Fue con la movilización popular y una firme decisión política que los juicios tuvieron el apoyo masivo para seguir, pese a las amenazas y a la desaparición material de quien había sido un testigo que se transformó en bandera.

to del acierto de diferentes estrategias jurídico-políticas: el juzgamiento del plan sistemático de apropiación de bebés (delito que había quedado exceptuado de las leyes de impunidad); la declaración por parte de algunos juzgados de la inconstitucionalidad de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final; los procesos en el marco de la llamada justicia universal, sobre todo en España, que empezaron a producir detenciones en varios países. Sin embargo, la mayoría de los más de mil genocidas que luego fueron condenados, al momento de esta segunda desaparición de López, estaba libre. Y las policías, los servicios penitenciarios y las fuerzas armadas habían atravesado un proceso de democratización por demás dispar e insuficiente.

Pasaron quince años de la desaparición de Jorge Julio López. Los juicios por la memoria, la verdad y la justicia siguieron y siguen siendo parte del pacto democrático de nuestro país. Muchos de los represores que antes de 2006 caminaban tranquilos por la calles, hoy se encuentran donde deben estar: condenados y cumpliendo esas condenas. El 2 x 1 que intentó la Corte Suprema de Mauricio Macri, no pasó de ser eso: un mero intento de volver a la impunidad, porque una vasta mayoría popular lo impidió; en pocos días de amenaza de dejar libres al 90 por ciento de los genocidas, pasó a motivar una respuesta que demostró que, para nuestro país, volver a vivir épocas de impunidad no es una posibilidad.

Pero el mayor dolor y una deuda con nuestra democracia es saber qué pasó con López. Hoy sigue en marcha, a un ritmo más que lento, una causa judicial que no da respuestas, que no está a la altura de la complejidad e importancia del hecho que está investigando.

¿Cómo seguir adelante después de esta desaparición en democracia? ¿Qué pasó con él? ¿Cómo es que con una investigación plasmada en un expediente de cientos de cuerpos, con varios estamentos judiciales y fuerzas de seguridad interviniendo, no se ha llegado a saber nada?

Una investigación que no estuvo a la altura

No es fácil de abordar un resumen de las más que diversas tramitaciones que tuvieron las causas por esta segunda desaparición. Empiezo diciendo que esta investigación se plasma en expedientes con cientos de cuerpos (cada uno de 200 hojas) y anexos digitales en los que se analizan cientos de miles de comunicaciones telefónicas.

Es de destacar que la búsqueda judicial de López tuvo un inicio doble, ya que se abrieron casi contemporáneamente dos expedientes: uno de la justicia provincial –es decir, de la llamada justicia ordinaria–, y otro de la justicia federal, es decir, una jurisdicción que no actúa ante delitos

comunes, sino ante la circunstancia de un delito relacionado con una jurisdicción federal, o sea, del Estado nacional, sus organismos, empleados, funcionarios, actividades, etc. Esta sola circunstancia derivó en meses de debates, que se saldaron con el pedido de diversos organismos de derechos humanos que habían participado en el juicio contra Etchecolatz. El secuestro y desaparición de López se había dado durante un juicio federal en el que él estaba siendo testigo, víctima y querellante; el delito que se estaba investigando se dio en el momento en el que estaba por avalar con su presencia los alegatos que brindarían sus abogadas, así que claramente estaba más que justificada la absorción del fuero federal de la causa que tramitaba en la

justicia provincial, decían los organismos. Sin embargo, hasta que se puso fin a esa doble investigación ya habían intervenido diversas fiscalías y juzgados, que dieron lugar a una voluminosa actividad de diferentes fuerzas de seguridad, como la Policía Federal y la Bonaerense, más la entonces llamada Secretaría de Inteligencia. Esta intensa aunque poco fructífera actividad de las primeras semanas, se plasmó en cientos de procedimientos, declaraciones testimoniales, allanamientos y búsquedas con perros (que no siempre siguieron las mismas lógicas investigativas).

Fue el accionar de la Policía Bonaerense el que concitó mayor rechazo, por dos circunstancias fundamentales: una de ellas fue la falta de profesionalismo y de capacidad para enfocar la investigación hacia los represores o grupos de represores que, como ya dijimos, tenían un interés en detener el avance del juzgamiento del genocidio. La otra fue que algunos de los jefes policiales al mando de la pesquisa de 2006 habían participado en los organismos de la Policía Bonaerense de los

(La mayoría de los más de mil genocidas que luego fueron condenados, al momento de esta segunda desaparición de López, estaba libre. Y las policías, los servicios penitenciarios y las fuerzas armadas habían atravesado un proceso de democratización por demás dispar e insuficiente.

(Una deuda con nuestra democracia es saber qué pasó con López. Hoy sigue en marcha, a un ritmo más que lento, una causa judicial que no da respuestas, que no está a la altura de la complejidad e importancia del hecho que está investigando.

que se sirvió el aparato del terrorismo estatal para su cometido dictatorial, como la Dirección de Investigaciones (DIPPBA), cuyos archivos de la represión son prueba fundamental en las investigaciones actuales en las que se determina la responsabilidad de esa fuerza en el genocidio. Esto motivó que se pidiera el apartamiento de la Policía Bonaerense en la investigación, lo que fue resuelto favorablemente 18 meses después de iniciada; pero si se había podido afectar la investigación con algún posible accionar doloso o culposos, eso ya habría sido consumado. Además, como suele suceder en la investigación de hechos como este, son las primeras horas, días y semanas las determinantes de la suerte de la investigación.

En cuanto a lo que hace a los magistrados de la justicia federal que fueron actuando, también hay un derrotero que destacar. Además de la intervención de jueces provinciales, una vez determinada la competencia federal exclusiva, primero intervino el juez Arnaldo Corazza, luego el juez Blanco, y posteriormente se delegó la investigación en la fiscalía especial para delitos de lesa humanidad. Estos variados cambios, cuyo inicio hacía renacer ciertas esperanzas de que se profundizarían algunas pistas, debido a los movimientos que se retomaban, tampoco significaron de por sí un avance en el sentido de lo que venimos señalando: apuntar la búsqueda hacia los posibles beneficiados con el ataque a los juicios a los genocidas.

La aparición de otras fuerzas de seguridad, como la Policía de Seguridad Aeroportuaria, y la incorporación de nuevas tecnologías, generaron expectativas por el interés manifestado en investigar ciertas pistas, pero tampoco esto implicó necesariamente un avance para determinar los posibles autores, ni para establecer certezas sobre los hechos.

Todo lo descripto en esta más que apretada síntesis de quince años de una investigación sin frutos a la vista, expone un panorama más que sombrío, al menos de lo que pueda surgir de la investigación judicial o policial. Sin embargo, en la causa hay aún hoy algunas pistas ligadas a análisis tecnológicos (llamadas telefónicas, centralmente) que la mantienen con cierta actividad, algo no habitual debido al lapso transcurrido.

López sigue en las calles

Jorge Julio López se convirtió, decíamos, en un símbolo. Un nombre propio que dejó de ser tal, para pasar a representar la búsqueda de justicia por quienes nunca se callaron. La búsqueda y el reclamo de su aparición con vida tiñeron las calles de La Plata y del país. La expresión y comunicación política y popular trabajó para saber qué pasó. Hay hasta el día de hoy en nuestra ciudad una intervención urbana que dice “¿A qué te podés acostumar?”, señalando una desaparición que nunca va a naturalizarse. Abundan

los relatos de jóvenes que vienen a estudiar a La Plata a quienes esa consigna les genera la pregunta: ¿Quién era López? ¿Qué pasó con él?

López estuvo muchas veces a la altura de las circunstancias y de sus ideas. Ahora destaco dos: primero por la justicia social y por una sociedad nueva en los 70, con su militancia y compromiso. Y después, por la memoria y la verdad y la justicia para sus compañeros y compañeras que no volvieron de los infiernos montados por la dictadura.

Los demás, nosotros, tenemos un imperativo ético: seguir luchando por esa memoria, verdad y justicia, y seguir reclamando para que la sociedad argentina sepa qué pasó con López.

Anibal Hnatiuk

Abogado y militante

Ex abogado querellante en la causa por la segunda desaparición de Jorge Julio López